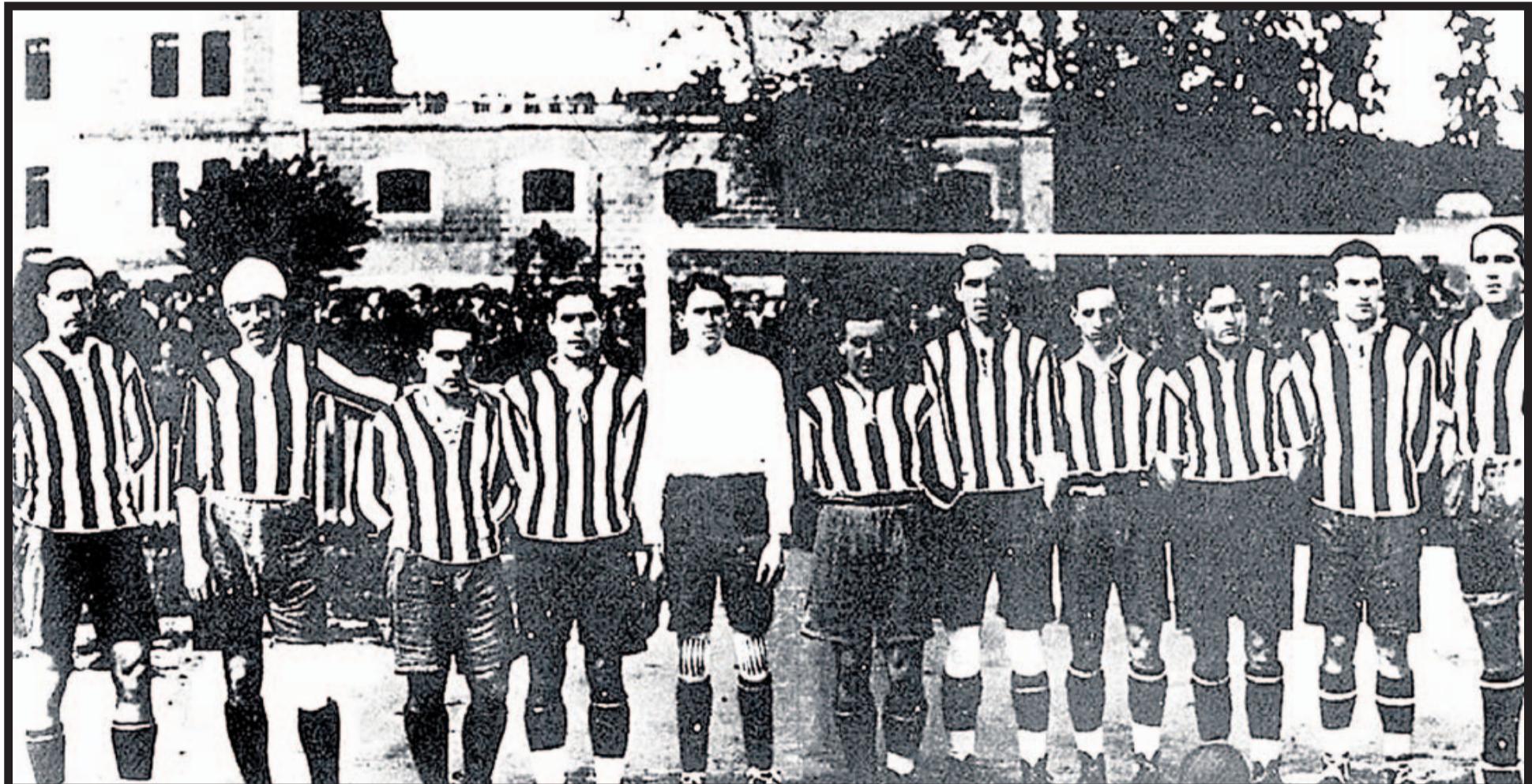


2



El Athletic campeón (8-05-1921).

«El 8 de mayo quedará grabado con caracteres de oro», decía 'El Pueblo Vasco' dos días después de la final



La Copa se queda en casa

■ ÍÑIGO CRESPO

San Mamés tan sólo ha acogido una final de Copa en su historia casi centenaria. Y se quedó en casa. El triunfo por 4-1 ante el actual Atlético en 1921 reforzó la supremacía del Athletic durante el primer tramo del siglo XX y ratificó su trono como Rey de Copas. Y fue, además, una de las más especiales de las 24 que componen su palmarés en la competición del k.o. Los rojiblancos buscaban poner fin a una travesía en el desierto, motivada por la pérdida de la hegemonía en el territorio y la ausencia de Mr. Barnes. El regreso del peculiar técnico británico, sin embargo, devolvió la pócima al equipo. Aquella final era, además, el último encuentro que

disputaría Pichichi. La gloria no podía esperar más.

A pesar de que el Athletic era ya un coloso, el fútbol aún no había entrado en la esfera del lujo y el glamour. En el club se encontraban jugadores pertenecientes a todas las clases sociales. Pero cuando se vestían de rojiblancos se convertían en hombres al servicio del ideario de Mr. Barnes. El entrenador inglés inculcó un estilo rápido y directo, con envíos en largo en vertical y en diagonal, algo que apenas se veía en España en aquella época. «Esos cambios de juego, esos pases a las alas que los cronistas madrileños califican de patadones, dados sin ton ni son para llegar a la puerta contraria son obra de la inteligencia y las facultades de nuestros jugadores.

Sólo un desconocimiento completo de lo que es el football puede explicar que eso se piense y se diga», lanzaba 'El Pueblo Vasco' en su relato de la final.

Además de los aportes del juego, Mr. Barnes dejó para el recuerdo un don muy particular: adivinaba el alcance y el tiempo de baja de sus jugadores con tan sólo tocar la zona dañada. «¡Tres semanas!», «¡Una semana!», gritaba el entrenador londinense, que dio con la combinación perfecta para levantar la octava Copa del Athletic. El equipo mantuvo a sus principales pilares, José Mari Belauste, su gran baluarte, y a Pichichi, su gran artillero. Pero introdujo algunos cambios determinantes, como Patxo Belauste, hermano de José Mari, Allende y Laca. Este último, de hecho, tuvo una importancia capital en la consecución del título, pues marcó dos goles en la final ante el entonces denominado Athletic de Madrid.

Tras deshacerse del Spor-

ting y del Sevilla (por alineación indebida de los andaluces), los rojiblancos recibieron al actual Atlético, con quien mantenían unas excelentes relaciones por su pasado en común, hasta el punto de que el club madrileño aceptó sin remilgos jugar en San Mamés. El feudo del Athletic, que envejecía «cubierto de gloria» como recogían los diarios, se convirtió en un escenario rebosante de júbilo, con la mayor asistencia –más de 10.000 espectadores– y recaudación –40.000 pesetas– de su historia. Laca se empeñó desde el inicio en que la fiesta fuera completa con un tanto en el minuto 29. El equipo, sin embargo, sufrió un doble golpe escasos minutos después. Triana empató y José Mari Belauste, el eje de aquel conjunto, quedó conmocionado tras un encontronazo. El ascendente del precursor de la 'furia roja' en sus compañeros y el césped era de tal magnitud que los rojiblancos sufrieron un momento de zo-

zobra, en el que Begiristain evitó el 1-2 desde la misma línea de gol.

El Athletic se serenó y se recuperó del susto. Más aún tras el penalti transformado por Acedo, que le devolvió la confianza. El Atlético, por su lado, no fue capaz de sobreponerse al revés al verse de nuevo por detrás en el marcador tras el titánico esfuerzo de empatar la final. Acedo y Laca repitieron en el marcador para festejar la octava Copa y dedicársela a Mr. Barnes, que abandonaría la disciplina rojiblanca de forma definitiva. También a Pichichi, el primer gran ídolo caído del Athletic, a quien los aficionados incluso le pidieron que se retirase del fútbol por su presunta falta de entrega. El mítico delantero no pudo despedirse de San Mamés como llegó. Con un gol.